

I

¿Es posible que no estemos sino á diez minutos de París?... Yo me figuro más bien que, por arte mágica, una de las ciudades de placer que más prestigio tienen en el mundo, una de esas perlas de los Alpes ó de los Pirineos, que se estremecen amorosamente al son de los violines en una perpetua atmósfera de tibia voluptuosidad, ha venido hasta nosotros esta tarde de primavera.

He aquí el lago, en efecto, el lago azul de todos los lugares idílicos, el lago de esmalte en cuyas ondas se mojan las manos para calmar sus fiebres las más bellas amorosas... He aquí los boscajes profundos, cuyo césped hace pensar en el citiso de los caristis clásicos... He aquí las amplias alamedas, de suave penumbra, por las cuales pasan enlazadas las parejas... He aquí los amplios horizontes cerúleos, en fin, los horizontes sin barreras de chimeneas, los bellos horizontes que no tienen nada de parisiense, nada de moderno, nada de industrial; los horizontes sublimes y

vacíos, por los cuales la vista vaga sin descubrir otra cosa que matices é iluminaciones, matices de suaves tardes primaverales, iluminaciones de Poniente claro...

No, en verdad; esto no puede ser una villa suburbana de las que giran en el radio vertiginoso de París, una hermana de Chantilly ó de Maisons Laffite, una rival de Asnières ó de Argenteuil. Su clima mismo parece diferente. En la suavidad de esta tarde hay efluvios italianos, cálidos y alados, que los parajes de la Isla de Francia desconocen. Los pájaros pasan camino del bosque cercano, volando pesadamente, cual en los paisajes toscanos. Del suelo seco sube un aroma de violetas de Parma que atormenta las almas con nostalgias ligeras. Todo está lleno de languidez, todo habla de cosas poéticas, todo nos aleja de la fiebre de trabajo y de ambiciones de París.

El amigo que me acompaña, y que goza algo irónicamente de mi sorpresa, me dice :

— Ya usted ve lo que es la vida : va usted á Tokio, va usted á Hong-Kong, va usted á Ceylán, y pasa meses enteros embarcado para ver una ciudad rara, para gozar de una sensación exquisita, y, en cambio, no toma el tren para venir á pasar unas cuantas horas á Enghien, que es una ciudad extraordinaria.

Cierto, muy cierto. Á menos de un cuarto de hora del bulevar, existe este minúsculo paraíso

terrestre, entre un bosque oloroso á lilas y un lago idílico, en un sitio delicioso, bajo un cielo encantado, y jamás se nos ocurre tomar uno de los cien trenes que aquí conducen. Y no es porque el sitio sea desconocido. ¡ Ah no ! La fama del Casino enghienés, rival del de Monte-Carlo, es mundial, como ahora se dice. Pero eso mismo es lo que nos aleja á los que no tenemos empeño en ver rodar la bola loca de la fortuna.

— Un templo del Azar — pensamos — no es digno de ser visitado sino por los fervientes de la religión de la esperanza.

Y sin detenernos siquiera ante los carteles que representan, un paisaje de la Exposición universal, con grandes edificios muy iluminados, pasamos desdeñosos, hasta que un día, por una casualidad, un amigo de los que viven aquí nos invita á almorzar en las márgenes del lago. Y entonces, algo avergonzados, exclamamos :

— ¡ Parece mentira !...

Todo, para los que venimos aquí por primera vez, parece mentira. Parece mentira que estemos á diez minutos de París... Parece mentira que en el departamento del Sena, en plena zona fabril, haya un jardín inmenso, con bosques y lagos, sin una sola chimenea de fábrica, sin un solo taller lleno de ruido... Parece mentira que las tardes tengan esta ardiente y voluptuosa belleza en una región septentrional... Parece mentira que tanta gracia natural esté unida á tanta elegan-

cia clásica. Porque lo encantador de Enghien es que, fuera del área del Casino, y de los grandes « restaurants » que rodean el lago y de las tiendas de la Grande Rue, todo ha conservado una señorial y suave gracia antigua de « petite ville » rica; todo, hasta el campanario de la iglesita, que aparece allá, en el fondo, detrás de unos cuantos « chalets » floridos.

— ¡Márchese usted! — me dice mi amigo, oyéndome hablar así.

— ¿Por qué? — le pregunto.

— Porque, si se queda usted, le costará luego trabajo marcharse. Esta ciudad minúscula se hace querer y se hace llorar. Vea usted esas magníficas villas que se ocultan entre los follajes; todas pertenecen á artistas, que vinieron á pasar una semana, y que luego no pudieron irse. El último tren es el de media noche. Márchese usted.

En vez de marcharme, me he sentado en una terraza, y, á la luz de la luna, veo el ir y venir ligero de las barcas, que llenan el aire de canciones y de luces.

II

Á lo lejos, los trenes pasan, uno tras otro, rompiendo con sus violencias de hipógrifos la suavidad del paisaje nocturno. Unos van hacia París, hacia la vorágine luminosa donde los cargamentos humanos se pierden como puñados de arena en el desierto; otros, hacia las ciudades normandas, de nombres prestigiosos; hacia el Havre, lleno de marineros, hacia Ruán la gótica, hacia Honfleur y sus playas áureas. Yo los dejo pasar sin experimentar siquiera la tentación vertiginosa que se siente en todas las estaciones de ferrocarril ante las promesas de panoramas nunca vistos que encierran todas las locomotoras.

— ¿Dónde he de estar mejor que aquí? — me digo á mí mismo. Y sin darme siquiera una cuenta exacta del sitio ni del instante, me dejo acariciar por los efluvios perfumados de los jardines, por las músicas cercanas, por la brisa tibia, por los rumores voluptuosos. El amigo que me acompaña respeta con piedad mi silencio, embelesado, y se contenta con responder á mis preguntas.

— ¿Qué es aquélllo?

— Aquello — me dice, señalándome las alturas frondosas, en las cuales las ventanas de los « chalets » brillan como fanales, — aquello es Montmorency, con su bosque profundo.

¡Montmorency, tierra de cerezas y de aventuras, tierra cara á los lectores de Paul de Kock y de Henry Murger, tierra de idilios domingueros, tierra de Mimis, de Lulús, de Tatás, tierra de promisión para los que sueñan en galantes epopeyas sin consecuencia !... Algunas de las luces que resplandecen entre las enramadas deben iluminar los clásicos bailes de grisetas que los novelistas de mediados del siglo pasado describieron con gran cariño, y, que hoy ya no inspiran madrigales sino á las musas adolescentes del Barrio Latino.

— Podemos ir — murmura mi amigo.

Pero yo no quiero moverme de mi sitio. El espectáculo que tengo á la vista y el murmullo que me rodea bastan para mi deleite. Del lado opuesto al bosque de Montmorency, el lago recorta en la sombra sus diminutos golfos. Lo que en el día no es sino una taza de esmalte, complicase ahora, gracias á las iluminaciones nocturnas, con mil dibujos extraños. El agua penetra en los parques, formando canales, islas, ensenadas y puertos. Las columnatas más fantásticas se miran, al claro de la luna, con coquetearías románticas, en la linfa quieta. Entre las enra-

madras, las guirnaldas de linternas venecianas desgranán sus inmensos rubies y sus esmeraldas monstruosas, al son de los violines verlainianos. Y todo canta y todo encanta. Todo canta epitalamios, cual en los paisajes de Watteau. Todo habla de embarques con rumbo á Citerea. Todo murmura con la voz de las enramadas, y de los remos, y de las faldas de seda, y de las orquestas lejanas, y de los suspiros misteriosos, la divina romanza sin palabras cara al poeta de los poetas.

Ecoutez la chanson bien douce
Qui ne pleure que pour vous plaire.
Elle est discrète, elle est légère :
Un frisson d'eau sur de la mousse !

Si Verlaine hubiera conocido este paisaje encantado, con sus gracias artificiales y sus bellezas naturales combinadas exquisitamente, de seguro aquí habría situado sus Fiestas Galantes. Pero Verlaine no vino nunca á Enghien. ¡Está esto tan cerca del bulevar ! ¡ Tiene uno, cuando vive en París, ideas tan falsas sobre las « petites villes » de Francia !...

III

Así como Mantes se llama la Bonita y Marnes la Coqueta, Enghien debiera llamarse la Feliz. No hay en el mundo, efectivamente, una sola ciudad que, como ésta, produzca una sensación de bienestar perfecto, de completa felicidad, de regocijo continuo. Y no me refiero ni á la perpetua fiesta del lago y de los jardines del Casino, ni á la fiebre de las terrazas floridas, en las cuales las lindas jugadoras preparan sus combinaciones de « baccarat », ni al bullicio popular de las carreras de caballos, ni á los galantes cortejos de la alameda Berteaux, sino á la vida corriente é indígena, á la buena vida de la « petite ville » de rentistas, que, sin pensar siquiera en que hay un establecimiento termal, y un teatro, y un hipódromo, á cinco minutos de sus casitas, ven crecer en gracia los tallos de sus rosales y los talles de sus hijas.

En mis paseos matutinos, á la hora suave en que los trenes parisienses no han comenzado aún á arrojar sobre este suelo de quimeras sus hordas

ruidosas, experimento á cada paso una sensación de geórgica refinada. Cada casita es un vergel, con sus enramadas y sus platabandas, con sus trinos y sus perfumes. Y de cada vergel sube cristalina, para esparcirse por encima de las tapias cubiertas de enredaderas, una fresca canción juvenil.

Allá, en las márgenes del lago, el amigo que me acompaña suele indicarme los nombres de los propietarios de las villas suntuosas.

Una de las más bellas pertenece á una bailadora española, llamada la Toledo; otra es de Edouard de Paty; otra, de un tenor de la Ópera; otra, de un gran poeta; otra, de Lina Cavalieri; otra, de Jean Thorat; otra, del cómico Dranem; otra, de Street... Y todas ellas tienen proporciones majestuosas; todas indican el lujo, la riqueza, el orgullo; todas proclaman con énfasis la gloria de propietarios cuyos nombres son conocidos. Pero no es este barrio de artistas y de millonarios el que me interesa. No son personalidades ilustres las que busco.

Lo que quiero ver, y lo veo, es la casita sin altanería, en la cual vive el burgués anónimo; el nido que lleva un nombre de mujer, el « chalet » « Amalia », ó « Margarita », ó « María »; el hogar fresco que esconde con un explicable egoísmo su dicha serena y su belleza rústica. Como en Chantilly, como en Maisons Laffite, como en Bois Colombes, en Enghien las viviendas modes-

tas tienen, arquitectónicamente consideradas, más suerte que las villas lujosas. Con su instinto conservador, la burguesía no adopta las siniestras fantasías del arte nuevo, cuya líneas fantástica deshonran las más lindas ciudades alemanas y belgas.

— Lo que deseo — dice el rentista francés que se retira al campo — es una casa de campesino, un pabellón de jardinero.

Y en parte por economía, en parte por buen gusto, obliga al arquitecto á no alejarse de los modelos sencillos de otro tiempo. Los torreones, las columnatas, las puertas orientales, los minarettes y las terrazas italianas, se quedan para la gente rica. El burgués se contenta con los cuatro muros cubiertos de hiedra y con los el techo de tejas oscuras. Su lujo es su jardín, en el cual toda la familia, durante los meses clementes, se esfuerza por hacer crecer las más bellas plantas del mundo.

Por los enrejados de las puertas me complazco, esta mañana asoleada, en sorprender la vida familiar, fresca é ingenua.

El cuadro en todos los nidos es idéntico. El padre, buen tipo de burgués, con su barba cana y su abdomen rabelaisiano, llena una regadera en el grifo de la fuente; la madre, envuelta en su bata clara, escoge las ensaladas más tiernas para el almuerzo; las niñas, las esbeltas burguesitas, rubias, de lindos ojos soñadores, se inclinan sobre los rosales olorosos como para confiarles

secretos inocentes; el « garçon », en fin, el fuerte señorito, que ya no lee á Verlaine ni á ningún poeta, sino que estudia para ingeniero, arregla su bicicleta en un rincón...

¿ Me decís que el cuadro es monótono? Ya lo sé. En la existencia de la gente feliz no hay ni variedad ni sorpresas. Pero esa misma monotonía, cuando uno la examina sin sonreír irónicamente, tiene un encanto paradisiaco. Ni envidiados ni envidiosos, los buenos rentistas enghieneses, que saben gozar del sol, y del cielo, y de los aromas de las flores, nos dan á los que vivimos una existencia de deseos y de luchas, la más gentil lección de ventura.

— ¿Á qué correr tras las quimeras — parecen decirnos, — puesto que un vergel minúsculo, y una regadera llena de agua clara, y una casita modesta, y una pipa de palo de rosa bastan para pasar deliciosamente la vida?...

Mas, ¡ay!, los parisienses que vienen aquí atraídos por el Casino, por el juego, por las fiestas del lago, por los cafés llenos de lindas actrices, por el teatro, que da un estreno cada semana; por el Hipódromo, que es una inmensa ruleta con caballos vivos, los parisienses y los extranjeros no saben oír esta lección. Lo que ellos buscan no es la dicha, sino el placer. Y entre el placer y la dicha hay, tal vez, más diferencia que entre la risa y las lágrimas.

IV

Cuando el doctor Tregnier me dijo, señalándome un grupo de lindas damas cubiertas de plumas y de flores, « mis enfermas », no pude menos de sonreír. Pero como noté que mi sonrisa era desagradable al sabio termólogo, traté de explicarle que, en punto á aguas medicinales, yo he tenido siempre un escepticismo absoluto, una completa irreligiosidad.

— La culpa — asegúrele — la tiene su maestro de usted, el gran Taine, que creyó necesario contarnos, en uno de sus libros más admirables, la evolución curativa de una estación termal de los Pirineos. Las mismas aguas que, según los médicos del siglo xvi, no podían servir sino para curar las heridas, fueron, en el siglo xviii, recetadas para los males del estómago, y ahora no sirven más que para las enfermedades de la garganta.

— Esa es una de las muchas bromas de Taine, que trataba de parecer ligero á costa de la seriedad — contestóme el doctor.

Y después de un largo rato de silencio :

— La verdad es — agregó — que con las aguas minerales pasa lo mismo que con las minas de oro. Son tan pingües las ganancias que los buenos manantiales dejan á ciudades como Carlsbad, como Contrexeville, como Vichy, como Evián, que en cuanto una aldea descubre una fuente curativa cualquiera, trata de explotarla según lo que ahora se llama el método intensivo. Y el método intensivo no es, muy á menudo, sino la charlatanería. Aquí, muy cerca, á veinte kilómetros de Enghien, hay dos ó tres « sources » que embotellan cada año centenares de metros cúbicos de agua y que ganan millones. Yo las he examinado y he visto que entre sus productos y los productos del grifo de cualquier casa de vecindad no hay diferencia ninguna. Pero, en cambio, hay aguas que no engañan, que no pueden engañar. El olor sólo de un lugar de baños sulfurosos, hace ver que no se trata de una broma. Acérquese usted al establecimiento de este pueblo, y me dirá si es á rosas á lo que huele...

— No, en efecto.

— Pues bien; ese mal olor, ese olor horrible, que hace que las lindas jugadoras de « baccarat » se tapen las naricillas con repugnancia apenas pasan por el barrio de las termas enghienesas, es una mina... Ó, mejor dicho, no, no es una mina... Debiera ser una mina... Pero la gente es toda cual usted, y cuando le hablan de los baños de

Enghien, se echa á reir. ¿Cómo, en efecto, se va á aceptar en París, entre personas escépticas y burlonas, la idea de que, á diez minutos, existe lo que en general se va á buscar á los más lejanos lugares? Aquí vienen los parisienses á pasearse bajo los árboles, á remar en el lago y, sobre todo, á jugar en el Casino... ¡Pero á curarse!... Es necesario ser ruso, ó escandinavo, ó « yanqui », para saber que las termas de Enghien son más eficaces que las de Luchon, las de Baresges y las de Cauterets... Sí; son los análisis los que nos lo dicen : las aguas enghienesas representan un valor curativo de 8, en tanto que las de Luchon, que son las mejores de los Pirineos, no representan sino un valor idéntico de 4... ¿Comprende usted?... Y esto no es un secreto. Los médicos de París lo saben. Sólo que ¡vaya usted á decir á una dama parisiense que tome el tren para hacer una cura á diez kilómetros de la plaza de la Concordia! Yo mismo, muy á menudo, no me atrevo á aconsejar esta estación á mis clientes de París que necesitan baños sulfurosos, y les digo que se marchen á estaciones lejanas. ¡Qué quiere usted!... Los hombres son así... La fe es lo único que los cura.

— En ese caso, doctor, supongo que no tendrá usted más enfermas que las que acabamos de ver.

— No..., no... De Rusia, de Alemania, de Austria, vienen muchas familias... Para los extranjeros, esto no tiene el inconveniente de estar muy cerca. Teniendo que hacer un viaje de

veinte ó de cuarenta horas, ya le dan importancia á nuestras termas...

— Y probablemente — le digo, —dejarán otras termas, no menos buenas, á veinte minutos de sus residencias, desdeñándolas por estar muy cerca.

La poesía pintoresca y añeja que mis amigos van á buscar durante los meses de verano en lejanas Bretañas ó en remotas Saboyas, yo la he encontrado aquí, en las puertas mismas de París, sin buscarla siquiera.

Ayer por la mañana, cuando las tiendas de la « Grande Rue » no habían aún abierto sus puertas y cuando la invasión no había empezado todavía, encontréme, de pronto, en el curso de uno de mis deliciosos paseos matutinos, con una diligencia como esas que ya no se ven sino en el teatro del Ambigú, cuando se representa *El correo de Lyon* ó *La huida de Mandrin*. Cuatro caballos flacos la arrastraban cuesta arriba penosamente. El cochero, en su sitio, con su dolmán verde, adornado de alamares desteñidos y su enorme fusta sonora, parecía, como su vehículo, una cosa teatral. Pero nada tan extraño y tan poco parisiense, y tan poco moderno, cual la docena de campesinos que llenaban el interior de la diligencia. Vestidos como com-

parsas de opereta, fumando pipas antiquísimas, haciendo gestos cómicos, sonándose las narices con pañuelos extravagantes, producían una sensación verdaderamente singular.

Cuando, unas horas más tarde, el amigo que me hospeda me oyó hablar de mi descubrimiento, echóse á reír.

— ¿Te extraña — díjome — que aquí tengamos todavía lo que ya no existe ni en Bretaña ni en Saboya?... Eso te prueba que no hay que buscar las cosas lejos... Pero lo que más ha de gustarte, ya que tienes aficiones á las cosas rancias, son las hostelerías que aún existen en algunos pueblos cercanos... ¿Quieres que vayamos á almorzar á una de ellas? ¡Eh, pero no en diligencia! Yo soy amigo del progreso y del automóvil, y si consiento en llevarte á una venta de aspecto secular, es porque realmente el vino es ahí mejor que en los « Palaces » llenos de espejos y porque la cocina conserva una sabrosa y suntuosa hidalguía... ¿Vamos?...

— Vamos.

Y diez minutos después nos deteníamos ante una hostelería que estaba perfectamente de acuerdo con la diligencia. Un cuadro pintado por un Rubens ingenuo servía de rótulo, ostentando entre las letras áureas del nombre un grupo de garridas mozas muy descotadas.

— ¡A la Dama Blanca! — exclamó mi amigo leyendo el letrero.

Y estas solas palabras, en aquel sitio, ante aquella enorme puerta de posada antigua, obligáronme á evocar todas las buenas hostelerías de las novelas de Alejandro Dumas, de las Memorias de Casanova y de las hitorietas de Scarrón. ¡ Ah ! ¡ Cuán poco me hubiera extrañado el ver aparecer en la sala del mesón, junto al asador en el cual un carnero daba vueltas sobre las llamas del hogar, á unas cuantas mozas vestidas á la manera de antaño, en compañía de sendos caballeros en traje de camino ! Pero, para no mentir, debo confesaros que el único ser vivo que en aquel antiguo antro no estaba vestido á la moderna, era el amo, que, como conviene á un buen hostelero novelesco, desempeñaba al mismo tiempo el papel de cocinero y el de mayordomo. Su bonete blanco, muy amplio, muy limpio, coronaba su cabeza de rey rabelaisiano. Un delantal más blanco que el bonete envolvía su cuerpo rollizo. Sus mangas, recogidas, dejaban ver los dos brazos más regocijadamente tocinosos que puede soñar un autor cómico.

— ¡ Nargot !... ¡ Suzon !... — gritó al vernos llegar.

Y un instante después, dos lindas doncellas, de faldas cortas y de corpiños descotados, nos servían en jarros viejos un vino más viejo aún.

— Aquí no encontrarán vuestas mercedes sino platos muy sencillos y vinos muy modestos — decíanos el amo con un airecillo socarrón, al

mismo tiempo que nuestra mesa se llenaba de jamones ahumados, de albondiguillas redondas y apretadas, con culantro verde de pepitorias, de trozos de cabrito rociados con limón, de cazuelas de pescado cecial con oruga y de lenguas de cerdo adobadas.

— Este es el primer capítulo de *La lozana andaluza*, traducido al francés y preparado con salsas de Pantagruel — decíame mi amigo, tragando bocados y sorbos, con un deleite comunicativo. — ¿ Estás contento ?

— ¡ Encantado !... Más que encantado, transportado...

Y efectivamente; durante las dos horas que permanecemos en la mesa, créame fuera de nuestra época, fuera de nuestra vida y me figuraba formar parte de uno de los alucinantes desfiles de caballeros que pasan por entre las páginas del *Gil Blas* ó de *La Novela Cómica*, y que se detienen, alegres y hambrientos, en posadas que se llaman del Caballo Blanco, de los Reyes Magos, de las Bolas de Oro ó del Escudo de Francia.

— Aquí es donde debieran vivir todas esas bellas damas y todos esos galantes señores que se amontonan en los hoteles de los alrededores del lago de Enghien — me dice mi amigo.

Y agrega :

— Pero es verdad que, si vivieran aquí, al cabo de dos meses, ya no se comería en La Dama

Blanca como se come. La elegancia moderna no conoce el lujo de la mesa... Las más famosas cortesanas de París no beben sino agua mineral... ¡Qué triste cosa!... Nosotros, por fortuna, aún no somos elegantes, ¿no es cierto?... Ahora vamos á tomarnos otra botella, y luego, por darte gusto, volveremos á Enghien en la diligencia... ¿Te parece?...

— ¡Ya lo creo!

VI

Una muchacha morena, de grandes ojos negros y de ademanes nerviosos, viene á sentarse junto á nuestra mesa, en el café, lleno de músicas y de charlas, que sirve de antesala al antro de la fortuna.

— Una española — murmura mi amigo.

— Ya lo había adivinado — le contesto.

Y realmente, sin que haya en esta dama nada que no sea de una perfecta elegancia parisiense, se ve desde luego que no es de Francia, ni de Italia, sino de España.

— ¿Una bailarina? — pregunto.

— No... Una dama de buena familia, casada con un argentino... Aquí viene todos los días cuando está en París, y cuando no viene aquí va á Monte Carlo á pasar los meses de invierno, ó á Biarritz á pasar los meses de verano. Porque para ella el mundo se divide en casinos. Su geografía no es muy complicada: Niza es el centro de la ruleta, y Carlsbad, la capital del treinta y cuarenta... Ha viajado mucho, ha dado la